Juan Rodolfo Wilcock

LOS HERMOSOS DÍAS

A la memoria de
Ana María Chouhy Aguirre

LOS HERMOSOS DÍAS

I

Como la luz desciende por un revuelo de hojas
traslúcidas —te quiero— sobre el aire celeste,
sólo en mis manos queda, oh juventud, oh estrellas,
un recuerdo más suave que el árbol más brillante.

Todo es tan claro y mi amor cruza por la primavera
desde las fuentes del día hasta el cielo tan grande,
y caído en el pasto soy feliz y te quiero
y soy el único amante entre miles de flores azules.

Mi espíritu se muere pero alcanza a llevarte
como un pequeño pájaro que dentro de una nube
la llenara de luces y colores diversos,
hasta que de pronto todo fuera como el origen del mundo.

II

Oh que fuera este instante la eternidad inmutable,
siempre, siempre ante mí tu cuerpo tan hermoso,
como lejanas músicas que ascienden exaltadas
entre luces movientes e irisados vapores.

Quiero inclinar mi frente, y besarte las manos
mientras detrás de tus ojos pasa un jardín increíble,
un lugar voluptuoso por donde el pensamiento
se sumerge en las aguas dulcísimas y en un sueño.

Y acercarme a tus labios, y conocer la muerte,
un espacio de ángeles, el olvido.

III

Estas ramas que un día pondrán sobre mis ojos,
cuando hayan muerto y guarden tan sólo tu hermosura,
tu imagen junto al río como en el sol llegara
antaño para siempre,
oh por qué este silencio mientras crecen al cielo
lejos de mí, tan lejos como tu misma voz!

Van cayendo en el día las horas como flores
que el verano llevara de la mano al olvido;
y en un barco tranquilo
va mi vida llorando muy silenciosamente
a través de los árboles que el tiempo abandonó.
Tú que estás en la sombra, ven, ven a mi labio ardiente!

IV

Entro en un bosque cuando ya es de noche,
pero sin encontrarte, y estoy muy triste,
y las gentes con sus grandes forros de piel me arañan
mientras pienso: Para qué, para qué seguir despierto?

Los días son accidentes que te ocultan y giran,
oh laurel y amor mío, las horas se confunden;
una vez te besaba las manos en el crepúsculo
y mis ideas caían como cuando llega la muerte.

Yo quisiera que todos se murieran en el mundo
y sólo tú cruzaras por las colinas verdes,
por las colinas de árboles donde aparecerías
para llegar sonriendo a buscarme, en silencio.

V

Yo quiero compararte tan sólo con el viento
que vuela por el aire y que alegra las hojas,
y diré que mi espíritu por el viento se extiende
mientras tus gestos abren diversos torrentes de luz.

Es el mismo sonido con que el sol atraviesa
suavemente las nubes y las esferas azules
tu nombre, y es el nombre que yo doy al silencio
nocturno, mientras giran las estrellas del cielo
con pasos majestuosos.

VI

Ver que el tiempo es tan sólo este momento inmóvil
donde nunca han de unirse nuestras manos tan tiernas,
donde está el universo descendiendo desde tu belleza,
mientras se extienden las plantas salvajes sobre el pasado.

Ver alzarse el amor por la claridad de la noche
y el firmamento pálido y profundo como un lago;
oh la luz de la luna sobre tus bellas manos
en los grandes jardines con figuras de mármol
pensativas, por donde ya nunca he de pasar!

Escuchar desde lejos cómo cae la fuente
sobre el agua que nunca nos volverá a reflejar;
la fuente que a través de estos años tranquilos
atraviesa los ecos de voces de otros tiempos,
para seguir surgiendo en el aire entre estrellas.

Oh noche, deja ahora que mi espíritu vuelva
para siempre a la gloria luminosa del amor!

POEMAS DE LA NOCHE

EL VIENTO

Tal como vuelve el viento en la noche infinito
y solo, abandonando un sonido, y se pierde,
quiero pensar ahora en un lago celeste
entre piedras, por donde me pudiera morir.

Y que allí no llegara el aire con tu nombre,
que no viera en el agua la sombra de los sauces,
que encontrara el olvido, las rosas del olvido
todas sobre mis ojos, junto a mis manos, todas
en silencio evitando tu imagen al recuerdo!

Yo quisiera en el viento ver las iglesias de oro
y atravesar sus naves escuchando a los niños
que cantan los jardines calmos del paraíso.

* * *

De pronto todas las estrellas
me habían cubierto y envuelto en la soledad.

Ved los árboles tan oscuros y tristes,
los mismos que el amor creyera verdes,
extenderse en el aire silencioso.

Oh cuándo volverá la luz,
cuándo hallará este labio
aquella fuente que el tiempo abandonó.

Viaje Nocturno

Por un mundo donde todo ha muerto
donde jamás volverá la luz,
mi espíritu atraviesa
la eternidad.

Y es como una avenida donde claman
las hojas oscuras y aisladas,
al viento solitario
abandonadas.

Oh si tal vez tornara al lugar
de su propia materia en el cielo,
donde flotar en sueños
ya confundido.

EL AMANTE

Ya una estrella atraviesa el árbol de la noche
hasta el joven que piensa en su ignorado amor,
y la luz de un espacio que está más allá de los sueños
toma su destello helado en fuego e inmensidad.

Asciende tú, oh deseo brillante, asciende entre la calma
de los hombres que duermen,
oscilando en el cielo como una nube en llamas.

Y aquel que mire hacia la altura
ya para siempre enceguecido olvidará su nombre
cantando cosas incomprensibles.

***

La luz de la luna entró en el agua
y recordé de pronto aquel otoño
junto a los viejos lagos solitarios,
aquel adolescente enamorado.

Oh suave flor de las luces nocturnas
verás tú para siempre oscurecerse los ojos
de ese pájaro blanco,
del ave que tus blancas hojas confundiera en el cielo
con su mismo deseo,
y que ahora en la tierra yace entre las altas hierbas
esperando la muerte.

La Flor

Ya majestuosamente la noche se despliega
sobre todas las plantas.

Oh déjame besar tus manos,
tus labios, en la sombra.

Veo una hermosa flor entre los yuyos.

***

Cierro los ojos frente a la noche
y los árboles inmensos que oscilan bajo la luna.

Junto a esta fuente vuelven
los extraños recuerdos;
oh mirad cómo pasan cada vez más brillantes
y se confunden entre las bellas nubes
y los sonidos suaves de las constelaciones!

LOS SAUCES

Todo el día he seguido dentro de mí
una corriente clara como las noches del verano,
el agua es verde y transparente;
todo el día te he recordado.

Ven, somos jóvenes y aquí pasa el amor
flotando entre la luna y el viento,
ven, que el aire concede tus labios a los míos;
oh, los sauces, los sauces pensativos!

EL FIRMAMENTO

Estoy sentado en medio de la noche
que sube desde el campo hasta el espacio
diáfano del universo.

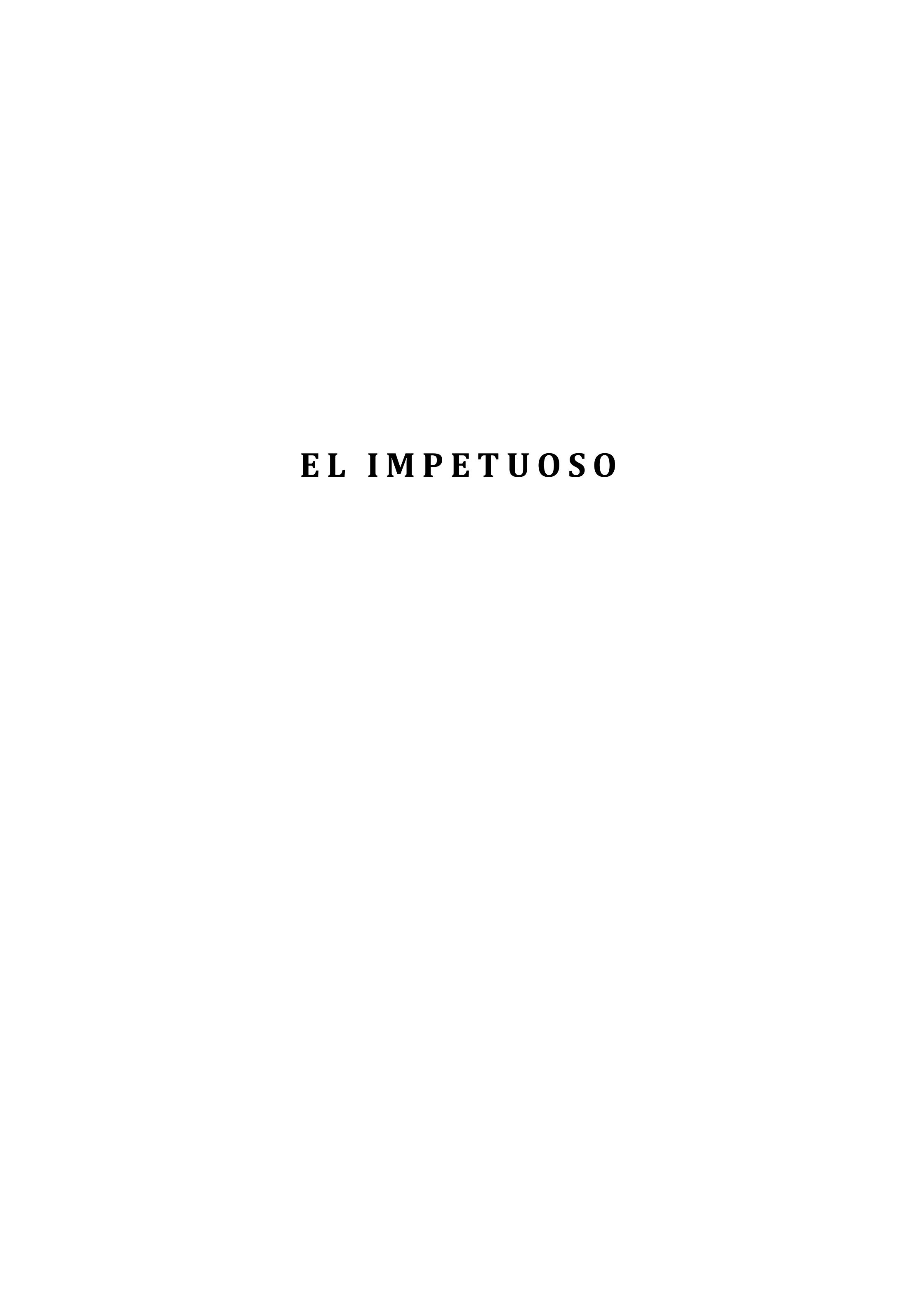
Y como una asamblea de diamantes
en mí convergen las constelaciones,
como un palacio de mármol
donde se guardan el destino y el tiempo.

Por ellas elegido
debo en la noche abandonar mis miembros
y contestar, oh contestar, sin nada
más que el dolor; y nada más entiendo!

La Lluvia

Este crepúsculo es como una ciudad lejana
donde alguna vez hubieras dicho mi nombre;
aquí, en la galería, he de escuchar las alas
serenas de la lluvia que pasa entre los árboles.

Pero el amor se extiende desde el este al oeste,
y tras el horizonte —oh, si en tu ventana
yo pudiera quedarme esperándote siempre!



EL IMPETUOSO

Enero

I

Deshecho por el viento
va el río con su furia de espuma. ¡Oh tan amada,
entre los árboles caídos para siempre, cantarte!
Donde el álamo alto se entrega al aire,
y yo doy mis ojos al cielo
como aquel que ha perdido sus manos entre las piedras.
Sí, a la sombra de las nubes
que habrán de acariciarte los cabellos
suavemente, allá
lejos.

II

En verdad he encontrado aún mis besos en el aire,
he abierto mis labios sobre el viento fresco
de la noche que pasa entre el follaje;
y surgen grandes columnas de agua
en la obscuridad.
Tal vez, cuando caiga el tiempo,
muerto, junto a un estanque, con los ojos vacíos,
volveré aquí, a sentirte en mi rostro,
a entrar en un país de hojas y de nubes
donde las horas se extienden en el suelo y se olvidan
de sí mismas. Arrancado
a las raíces oscuras, ciego, con tierra
hasta el fondo del pecho, llegaré
como si buscara un río desaparecido
en la hierba, incesantemente.

III

La luna desciende de los plátanos inmóviles. Quererte
no es más que un gran silencio en las corrientes
de la noche indecisa.
Si alguien, tal vez, pasara con tu rostro,
si me preguntaran algo con tu voz,
oh indiferente!, todo
caería de pronto en el espacio,
me verían extendido alrededor de los árboles,
encerrando sus troncos como la neblina del crepúsculo,
perdido en el fondo de las barrancas;
alejado
por donde pasa la noche.

IV

De nuevo en mí,
oscureciendo mi vista, levantando nubes
de polvo sobre un río dormido,
el amor,
como una flor cálida que se abre en mi pecho.
De nuevo solo, con una rama en la mano,
y envuelto por los círculos de un viento que se lleva el mundo
arrastrado, deshecho en pedazos grises.
Esperando, midiendo el curso de las estrellas,
cantando como si no tuviera un cuerpo
ni un nombre; desaparecido.

FEBRERO

I

Mi ciudad se levanta alrededor tuyo,
oh indiferente!, para que un nombre
la cubra de glicinas. Aquí, la alondra
canta mi amor en las redes luminosas
de la mañana; he mirado hacia el Oeste
a través de un álamo dorado y verde,
hacia quien estará ya siempre
deshojando rosas. Cantar
enfermo y alejado;
decaído.

II

Oh doncella de cuarzo, con helechos verdes
a lo largo del pelo, tan joven,
tan parecida a la muerte! Castor y Pollux
corren por el cielo, al Norte;
yo te he visto cruzar los jardines
inmóviles, trayendo el agua,
las inundaciones arbóreas de la noche.
Y quisiera estar en el fondo del mar,
en un lugar de rocas traslúcidas
que se convirtieran incesantemente en tu cuerpo,
donde pudiera perder mi nombre para siempre
a fuerza de besarte, perder tantas
otras cosas labradas en los años;
como un adolescente que ha abrazado a su madre
y corre para entregarse al amor
detrás de las ramas oscuras.

III

Entre estas plantas te recuerdo; alguien
podría recoger todo el sol
aplastado sobre las piedras, inútilmente;
alguien sin esperanzas. He visto
una adolescente desnuda a la luz del río,
como quien se encontrara de pronto con una hiedra
en el alma. ¡Oh retorno de los pájaros,
primavera, entre los diamantes que han caído al agua!
Deberían desprenderse de pronto todos los años
de las ramas, llegar una época de amarte
hasta olvidar el color de mis ojos; como una piedra
me encontrarías, con la sombra de tu cintura
en las manos, mirando
los barcos alejados.

IV

Llevo un número sobre el corazón, un sello
de quererte, como si el silencio se inscribiera
profundamente en la carne; y he discurrido
por galerías de hojas apasionadas, por caminos
que iban a dar al sol, gritando, arrancándote,
raspándote del alma. Oh si me fuera dado
no verte aparecer, inmutable,
allí donde nace el amor, como una imagen
en el fondo del agua!

V

Un día me abriré el pecho con las uñas
para recibir el viento del sudeste
en la sangre; como si tuviera tus labios vegetales
por el cuello. Oh doncella
incesantemente virgen entre la savia brillante y las nubes!
No quiero ver cómo me abandona la piel,
cómo pierdo los dedos en el aire seco
del verano: solamente a tus pies sentir el agua
que te ha envuelto los hombros. Que nadie diga
mi nombre, humanamente; he llegado a llevarte
sobre cada espacio del cuerpo, como la sombra
de una rama crecida,
como los gritos de la música en el suelo
con la boca llena de hierbas.

VI

Pálido, he dejado caer los cabellos
sobre tu recuerdo; he huido lejos
de mis versos, donde a veces se mueve tu imagen
como un gusano silencioso. He visto
tus labios en un sueño; tus labios
que harán florecer el aire caliente
lejos de mí. Quizás, en torno tuyo
ya se habrán derrumbado los edificios celestes,
los racimos de ángeles húmedos;
y yo habré muerto,
hace quién sabe cuánto tiempo.

VII

Nadie sabrá por qué voy tan triste
este verano, entre dos riberas de álamos;
nadie comprende la angustia de las raíces
crispadas, de la edad, de las cuerdas
abandonadas al viento. Ni siquiera
el amor. ¡Oh aquel que te ha visto
sobre el horizonte inundado, deshaciendo
una rosa; aquel que sólo encontró
las hojas en el suelo, el perfume en las piedras!

VIII

Solo, arrastrado contra una pared en el sol,
contra el canto de un cardenal; no hay nadie más
en el mundo. El amor está llenando todo
de arena y de nubes, inocente, cruel como el agua
que se cubre a sí misma; tal vez,
si apareciera un ángel en la ventana
con un violín, repitiendo una frase melancólica,
me perdería en lágrimas, como si nunca,
nunca, pudiera ya suceder
algo. En esta sombra de arañas
quiero llamarte; que tu rostro suave
no me vea deshecho, mordido
por la humedad, junto a una fuente que murió de noche
como los pájaros.

MARZO

I

He escuchado silenciosamente
los ruidos de las ramas, las hojas
en el sol. ¿Dónde estarás,
amor de mi pensamiento, sin recordar
mi soledad que se abre entre los yuyos?
Aquí, entre los cardos violetas
y los aguaciles maravillosos, ¿qué otra cosa
sino quererte puede hacer un joven
con el rostro hundido en madreselvas?;
entre estos pájaros indiferentes,
estos árboles tan altos, estas nubes,
amor, que vuelves como las estrellas
hacia un lugar de la noche; y tan contento
de haberte visto entrar en mi alma
con ese vapor iluminado en torno, con el humo
vibrante que yo he imaginado siempre,
de encontrarte, oh sombra del viento!,

habitándome un corazón que buscaba los troncos vacíos,
y las lámparas rotas a pedradas
para ocultarse.

II

Que me infunda la noche, que traiga un recuerdo
de mi juventud conteniendo sus heridas,
las catástrofes envueltas en sonidos melancólicos
debajo de los álamos de primavera:
cuando cantaba para ocultarme la cara entristecida,
cuando era un árbol con estrellas
en las raíces, con diamantes y vidrios;
sin ramas, triste planta, sin nada
que alguien quisiera! Suavemente
no quiero ver a nadie, que mi alma
se cierre sobre la noche brillante.
Sólo escuchar tus pasos, doncella,
adolescente azul que iluminaba el sueño
sin decir una palabra. Ahora comienzo
a recordarte hasta cuando estoy corriendo,
a mostrar el amor que me desciende de los hombros
como amatistas considerables.

Tres Sonetos

I

Por el silencio solitario oscuro
de ayer, crece la hierba mientras canto
desde un triste cadáver. Me levanto
sin frente ni costados, mal seguro,

pero en torno arrojado al aire puro
sobre un jardín. ¿De nuevo, si hace tanto
que puse un arpa al sol, y hojas de acanto
junto a tu cuello? Un año, un año; el muro

subiendo entre la hiedra. Ahora vuelve
Orión con el verano; las estrellas
donde el viento del río se disuelve!

Y los trenes lejanos, el pasado,
el agua entre las piedras; siempre aquellas
noches, y aquel afán siempre ignorado.

II

Antes de haberte visto iba perdido,
sin nada, extraño; como una bandera
inútil sobre el suelo, que ni espera
un último esplendor. Enfurecido,

iba siempre escarbando el verde olvido,
y cada vez más triste. ¡Oh, primavera
que me traía el cielo desde afuera,
el aire con su sol desvanecido!

No puedo más que amarte, estoy mojado
con helechos de amor en los pantanos
vivos de recordarte. Hacia tu lado

llamándote en los grandes corredores,
siempre he de verte, lejos, con las manos
por el espacio, huyendo entre las flores?

III

Para siempre, tal vez; el desaliento
quiere dejar sus ecos agotados
al pie de un árbol. Vuelven de callados
viajes buscándote, detrás del viento.

¡Oh, para siempre ya! Sobre un lamento
los pájaros de amor van desgarrados,
perdidos, hasta el cielo. En todos lados
la noche me recibe, así, sediento

casi como la muerte, en la neblina
del extremo del alma que me encuentro
atada sobre el cuerpo, que termina.

Nada más que quererte, disgregando
las nubes en sus días, hacia el centro
de un círculo olvidado, amor, llamando.

POEMAS DE OTOÑO

ELEGÍA POR LA MUERTE DE UN SEÑOR

Por qué volver sobre el pasado, ardiendo
como está entre las nubes de la tarde inmóvil,
retornar sobre aquellos pasos que en silencio cruzaron
estos tranquilos lugares de la melancolía;
nombres que en el espíritu despiertan levemente
un misterio olvidado de antiguos crepúsculos.
Abajo, en el jardín, rosales muertos, crisantemos helados,
han visto el rostro del otoño, están deseando
un tiempo que los lleve a la tierra inclemente,
como cenizas y polvo, como un recuerdo perdido.

¡Restos de antiguas soledades, dejadme cantar la muerte,
la oscuridad y el vacío donde se pierden
tantos labios de amantes, tantos cuerpos de forma luminosa,
ya para siempre alejados de las tiernas caricias nocturnas!
Oh nada es más estéril que la vida de los hombres
aferrándose con delirio al paso de las flores;
miradlos levantar su amor como brillantes monumentos,
mirad cómo enloquecen cantando con sonidos maravillosos,

cómo navegan en barcos por el mar
a la hora en que la luna nos recuerda las tristezas pasadas.
Sólo la muerte disipa aquellas furias,
sólo el sol inundando esos cuerpos abandonados
los restituye a la tierra sin un resto ni un eco
de tantos clamores con que se levantaron antaño,
hasta el mismo rostro de los dioses impasibles.

Yo, cantor entristecido por la crueldad de las gentes,
quisiera sentir en mis sienes el tierno sol eternamente
como aquellos espíritus gloriosos
que vagan apenas como nubes por ideales parques florecidos.
Como ellos vivir en el reposo
paseando en naves aladas a través de la luz y el rocío;
olvidar todo serenamente,
así como una rosa perdida se deshoja con languidez
entre livianas brisas.

Un alma desterrada y sola en la vida tenemos,
en un único lugar, duramente arrancada,
y llorando en el cuerpo por sus moradas de infancia
como un fuego que el viento golpea incesantemente.

A veces ante un ciprés, hijo dilecto del aire,
vuelve en el sueño nocturno con los labios apretados;
a veces en la tarde embriagadora del estío,
entre el escondido canto de los pájaros y los grillos,
huye desde su distancia por un camino de tierra
hasta refrescarse los miembros en el agua de sus días jóvenes.

Eternamente murmurando va en las terrestres prisiones
un recuerdo perfumado de azahares y montes silenciosos,
y los ojos se levantan hacia el cielo con lágrimas
y las piedras desgarran las vestiduras del alma
que sufre como una flor entre los hombres inclementes.

La muerte virgen y hermosa con sus grandes cántaros de agua
transporta sutilmente las almas;
cruza entre musgos y líquenes los bosques de antiguos árboles
y oye los vientos fantásticos
donde los pájaros sueñan con una aurora de diamantes.

Hacia otros campos escogidos huyó liviano su espíritu,
cuando ya queman los rastrojos porque se muere el Otoño,
y el humo blanco y fatigado se confunde tranquilamente
con la neblina del crespúsculo sobre los valles distantes.
Allí donde pasa la noche como un gran pájaro oscuro
buscaba el olvido perenne y el silencio y la sombra,
la soledad primitiva entre los caballos que recorren
las azules tierras de la luna con un éxtasis repentino.

Ahora habrá visto entre nubes las brillantes luces inefables
que flotan como sustancias difusas de los mismos dioses
por elevados reinos;
habrá escuchado sus músicas de celestes acordes
junto a las fuentes agradables donde se humedece el viento,
o reclinado en la orilla de los anchos ríos del cielo
sobre hierbas tranquilas y recuerdos,
cubierto de astros inmortales.

A la Tierra

Surgidos de la Tierra hace más de mil años,
ya no están más los dioses que otrora desplegaban
sus velos por la tarde y que eran como el fuego
de hermosura y justicia, y de esplendor.

Y yo, que ayer llevara las cuerdas doradas del canto,
he perdido sus labios, sus miembros como el agua
alejando la noche entre los sauces.
Oh ya tu polvo inerte
buscan mis brazos que han perdido todo;
quiero girar entre los días y las noches
contigo, tierra, lejos, lejos, muerto.

Junto a mí están llorando
el deseo y la muerte.

Tierra, oh tierra, yo he visto todo lo que se ha ido,
los dioses, y el amor como los últimos reflejos
de las nubes; y ahora escucho en la penumbra

el viento de la noche. Madre, he marcado
mis dientes en la hierba; cuántos otros
han besado su boca menos el vástago tuyo sagrado,
el que antaño elegiste para anunciar la primavera
que se pierde entre el sol y los hilos del aire.

Y tú, desaparece,
demanece en la sombra el recuerdo
del césped junto al lago,
de mis primeros besos.

Cómo se van los años y cómo el pensamiento
huye, tan lejos de mis pobres pasos;
su pelo rubio, el eco de una noche
siempre que apoyo mi cabeza en el pasto,
¡oh niño que yo era, adolescente entre piedras,
adorando a los dioses sin saber que habían muerto!

Tierra, señora, en tus brazos terminará algún día
todo lo que hoy es hermoso, todo el ruido
de las ciudades, los felices amantes;
salvo mi voz, mi tristeza.

A LA NOCHE

invoco estas estrellas con los ojos abiertos
como antaño en el medio de los campos celestes,
oh ardiente Aldebarán; he llorado, y renuevo
un grito desesperado que atravesaba los cielos
grises de mi adolescencia. Todo huyó con el viento;
quizás la aurora llegue como quien arrastra las hojas secas
de un jardín desolado, murmurando tu nombre
con tristeza infinita.

Dejadme bajo los árboles
mirar las nubes del cielo.

Juventud, juventud, espera aún, escucha,
el laurel y el mirto extranjeros en la frente de la aurora
verdes y entrelazados nos anuncian
el comienzo del otoño sobre las últimas flores.

Mi deseo se aleja entre las telas del viento;
tantas lluvias pasaron delante de mis ojos,

oh desatadme, desatadme, abandonadme entre los relámpagos,
que las bóvedas de mármol repitan mi desolación;
yo quiero ver surgir desde un tiempo perdido en los espacios
tu cuerpo envuelto por el resplandor nocturno
como una asamblea de ángeles cantando en el crepúsculo,
y tomarlo entre mis brazos y desaparecer entre luces
que nadie alcanzará jamás a vislumbrar.

Con tu imagen en el fondo
del pensamiento
por los dorados meses
he cruzado en silencio.

Desde los suaves campos de mi país tan hermoso
llega este viento cálido sobre el árbol en flor;
mis labios habrán buscado tus labios en el cielo
durante años; oh vuelve como aquella noche de octubre
hace ya tanto tiempo entre los eucaliptos,
tan lejos del cristal donde me apoyo triste
y veo inalcanzables escenas, y personas
todas vestidas de blanco, saludándose. Otrora
yo quería cantar donde el sol irisa las fuentes;
pero ya he visto los años cruzando por el cielo de invierno
tan pálido; desaparecieron,
sólo han dejado cenizas. Oh vuelve, vuelve,
tú que eras como estas flores la perfección de la tierra,
vuelve de entre las sombras que allá lejos han huido
detrás de aquellos montes con las últimas aves.

A quien sino a la noche
implorar, a las columnas
de la noche inmutables.

Escuchad, tardías flores de un espíritu triste,
mirad el aire, el cielo, pronto habréis de morir;
sonreíd, no digáis nada; oh juventud tus ramas
verde esperanza mía han crecido en la sombra.
Nunca más, nunca más en sus besos
encontraré la verdad que está moviendo
la inmensa esfera azul, en el viento
perdida y en los siglos.
Envuelta en el sonido suave de la lluvia,
de piedra inmóvil el alma que te amaba
déjame ahora, oh noche.

EL FUEGO DE LOS DIOSES

Oh vosotros mirad cómo los años caen
con estrépito todos y forman una nube,
y el pájaro en su rama se ríe de los sueños
del hombre, mientras todo se muere como escamas.

Ese fuego que aún Prometeo no expía,
dolor puesto en la frente para que fuera eterna,
oh miradlo crecer sobre las ruinas,
las cenizas que quedan de su incendio callado.

Recorremos las horas sin mirarles el rostro,
esos labios que a veces nos llaman desde tan lejos.
Oh si en el otro ensueño pudiéramos pensar,
y esa llama ascendiera por fin hacia el reposo
oscilando en el medio de la Belleza, para siempre!

Noche tranquila

El delicado extremo de tus dedos, el finísimo
silencio de mis labios que sobre ellos
encuentra el brillo de las aguas, la luna
surgiendo en un estanque de anchas hojas;
por la altura va el viento, por los árboles
y en el cielo la noche.
                                        Ahora contempla
cómo es dulce la vida, cómo se alejan
las órbitas etéreas abandonando
una luz sobre nuestra frente.
                                                    Yo te amo
y las horas ascienden; oye el rumor
desconocido de la noche e infinito.

Lentamente en mis brazos,
sin turbar la eternidad que el aire está formando
con sus círculos inmóviles, contempla
el pálido reflejo oscilando entre las hojas,
el instante que estamos en la tierra
detenido.
                Allá arriba por los espacios azules
flotan sonidos suaves, y las estrellas.

VISIÓN Y DESEOS DE LA NOCHE

Con diamantes sobre la cabeza,
con una red de diamantes que brilla como el agua
rápidamente pasas por el éter traslúcido
con resplandores y llamas;
el viento y la armonía te han rodeado de nubes,
tu belleza es eterna y se repite entre las estrellas.
Oh pero mis ojos no ven, tan sólo escucho
grandes alas que mueven el espacio.
Vivir, morir, todo es un humo gris
aquí abajo, y mi nombre yace en el fondo de un lago;
debo llorar ante una flor, saber que nunca,
nunca he de verte. ¡Oh besarte; oh mis fuerzas
arrancando las ramas y sollozando sobre ellas!
Mira el otoño ya, hace mucho que espero,
tal vez las hojas nuevas quieran verme a tus pies,
por los prados del cielo, muy lejos...

Atraviesa la noche, el otoño, ilumíname
como el agua que vuelca su claridad en las piedras;
tanto he sufrido, tanto, todos han sido
tan crueles conmigo. Oh la aurora, la aurora,
que va eleva su vuelo sobre el mar!

EL INMINENTE

Como la lluvia sobre el agua,
el cielo gris, las nubes,
todo desciende y huye.
Entre las olas cruza un ave oscura.

Oh déjame ver en tus ojos
un dibujo con palacios de cristal, con estanques
donde flotan las plantas!

He muerto ya de amor,
no existo, soy el aire,
estoy en torno tuyo.
Oh amante! Un nombre como el viento,
el color de los árboles, una rama
sobre tu frente suspendida; el tiempo,
el tiempo que tú quieras atravesar,
la época de las flores.

DONDE ANTAÑO LOS PÁJAROS CANTARON

Tres años han pasado por los brazos del aire
y el joven que yo era ahora vuelve
en la lluvia llorando, el niño enamorado.
Tantas hojas caídas
tantos sueños disueltos sobre el tiempo;
oh no lo quiero ver, dejadme muerto
y en los ojos cerrados la imagen que él buscaba aún,
aún de fuego.

Divino espíritu, Amor, engáñalo un instante,
que su sombra no vea esta soledad y este silencio;
abre tu ala de nácar por mi frente
blanco pájaro ardiente que asciendes en el aire,
oculta el triste polvo del otoño, y tu muerte,
que él no lo sepa nunca!

La cacería

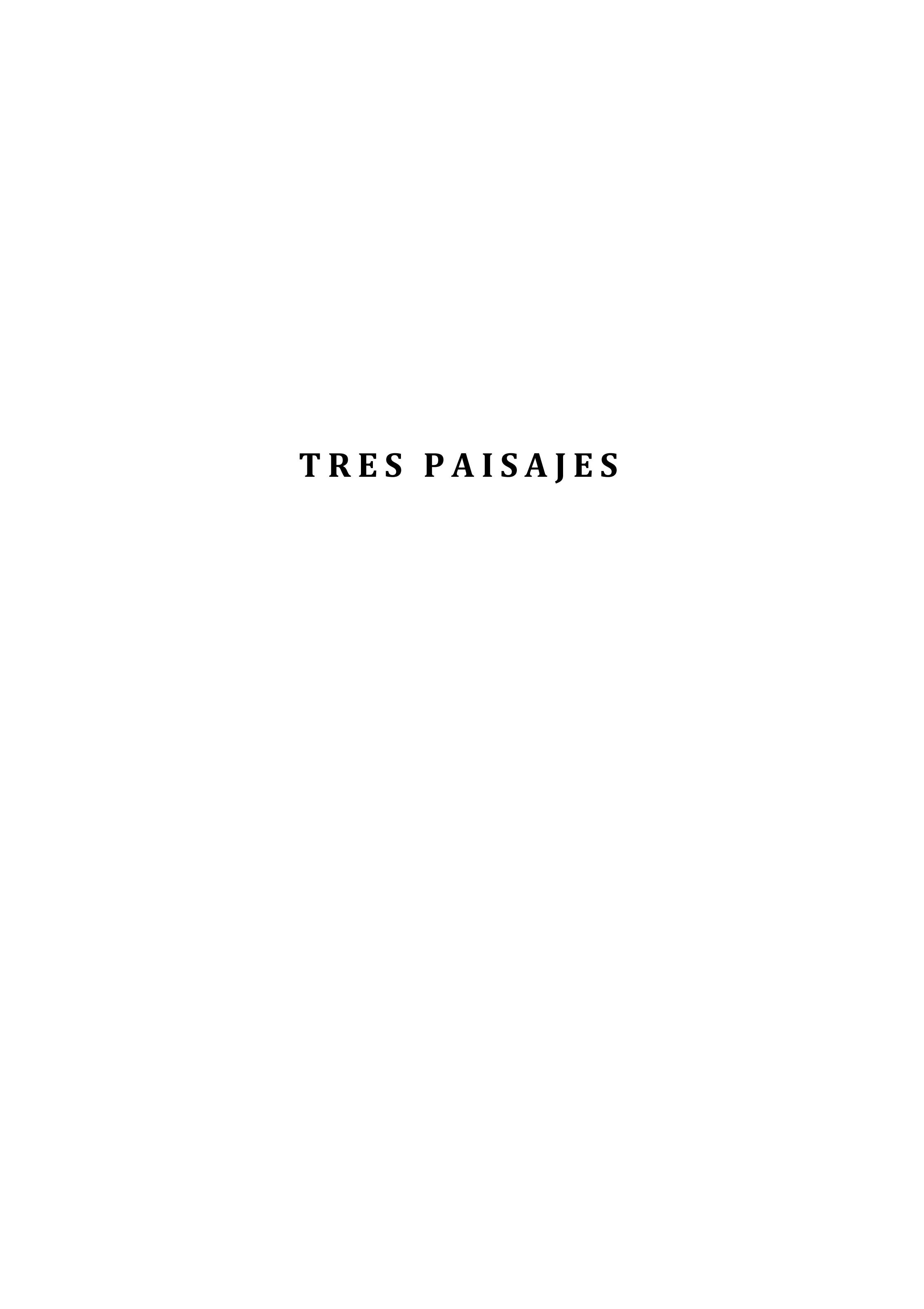
A través de los campos desolados
un sonido de dolor cruza la noche;
es el lamento inhumano del espíritu que muere
creciendo en la soledad.
                                        Ya habían caído
las hojas en los ríos, se habrán ido
como el crepúsculo y las nubes, tristemente;
escuchad, escuchad, ahora, esa es la muerte,
el final de una invisible cacería
en el silencio nocturno exasperada.

Oh pensamiento, hijo del fuego, oh deseo inmortal
te han rodeado las sombras y la muerte,
tu inextinguible voz oyeron las estrellas
tan sólo.
             Bajo el arco del cielo todos duermen,
descansan ellos mismos que te hirieron;
muere, muere en la tierra,
como ha muerto el amor, como las hojas.

LA NOCHE DE MARZO

Entre las columnas de la noche, sobre el lago
descendían catedrales de vidrio,
cuyo fulgor se iluminaba desde adentro
porque el deseo es como las estrellas.
Grandes cortinas de terciopelo negro se agitaban;
con los ojos cerrados sentía sobre tu cuello un derrumbe de esmeraldas.
Dios mío, dios mío, adonde van
los primeros besos, las corrientes de agua!

Desde aquella noche estoy con los labios entreabiertos,
dejo una mano sobre la hierba y me acuerdo;
en mi casa el viento golpea las ventanas,
quiero volver hacia el tiempo pasado,
hacia aquel tiempo pasado!



TRES PAISAJES

1 - En el bosque

Hay una fuente al otro lado del follaje
donde la noche se convierte en este río
sobre algún pájaro mojado. En torno mío
va la sombra salvaje.

Con la neblina habré llegado a los jardines
del caballero de Eichendorff, el dulce herido
de ruiseñores, el amante y retraído
entre mustios violines.

Hay tantos huesos. ¿Quién buscaba entre los muros
muertos del bosque un dios antiguo adolescente
por el crepúsculo, un dios blanco indiferente
de sentidos oscuros?

El caballero acostumbraba en soledades
desesperadas encontrar fuentes calladas,
y repitiendo con silencio las heladas
horas de otras edades;

y respondía al cazador desde las ruinas
de su castillo, donde oscila una doncella
muerta de amor junto a un rosal. Con una estrella
entre sus manos finas,

había un jovencito muerto en las raíces
de un árbol nuevo; sin cesar iba escarbando
el caballero hasta su hijo húmedo y blando,
como en tiempos felices.

¡Freiherr von Eichendorff, señor, así debía
ir yo a encontrarte entre tus sueños, cuando cunden
por la naturaleza verde, y se difunden
en la herrumbre del día!

2 - EN EL MAR

Otra vez las nubes cubriendo el mar desde aquellos montes
que observan el tiempo, y sale a buscar nuevos horizontes
Shelley con el ansia de un salto,

subiendo en las olas e imaginando una alondra viva,
o Beatriz dei Cenci, hasta desterrarse mientras deriva
sobre el agua y siempre más alto.

Oh por fin cantar y escuchar la voz de un dios que ya ha muerto,
si el bajel tirreno extiende sus alas lejos del puerto,
cada vez más rápido huyendo,

y un ciprés de Italia de ramas negras y verdes crece
en medio del mar, o tras de la espuma de oro aparece
Venus trasformada en estruendo,

rodeada de ninfas! Y entre las nubes de la mañana,
perderse en el aire, olvidar la eterna tristeza humana
con el Pensamiento y la Gloria,

mientras vibra el sol, y el aliento pérfido de la tierra
huye envuelto en llamas; y estar llegando donde se encierra
la forma celeste de la Victoria!

3 - En el Tigre

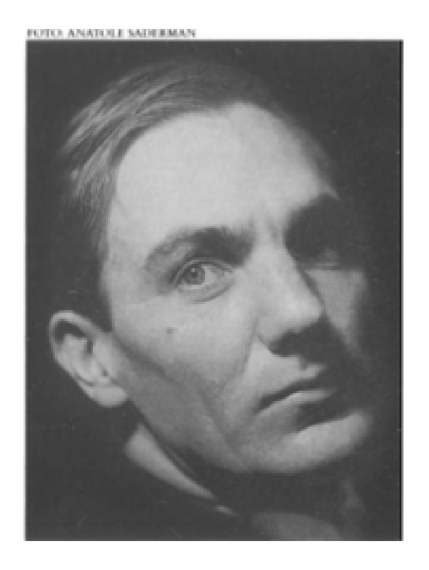
Mi madre corría en el Tigre junto a los ríos,
ya conmigo grávida en primavera, y apenas
se inclinaba el tiempo en las silenciosas arenas
de un reloj oculto entre los presagios sombríos.

Pero iba cantando alrededor mío entre flores,
y su cuerpo joven me traslucía el paisaje
naciente de América, el resplandor del follaje
con álamos verdes, y los primeros colores.

Y el barco mortal que ella desplegaba ante el viento
flotaba en la pálida luz rosada del día
sobre el horizonte. Y entre sus rayos subía
el dios de la aurora y entraba ya hasta mi aliento.

Mi madre aceptaba esa luz y estaba a mi lado,
durmiéndose espléndida como el aire ascendente.
"El después iría por la neblina." ¡Oh ausente
señora con nubes y con el rostro asombrado!

FOTO: ANATOLE SADERMAN



En las portadillas de la edición Emecé original:

Juan Rodolfo Wilcock nació en Buenos Aires en 1919. Poeta, narrador, crítico y traductor, fue el único hijo del matrimonio entre un inglés y una argentina de origen italiano. Su familia se trasladó a Suiza, lugar de residencia de sus abuelos maternos. Tras la muerte de su padre, Wilcock regresó al país y se recibió de ingeniero en 1943, profesión que abandonó al poco tiempo. Publicó sus primeros libros en la Argentina: Libro de poemas y canciones, Persecución de las musas menores, Paseo sentimental, Sexto y el volumen que hoy reeditamos. Tradujo varias obras para Emecé, editó y dirigió revistas culturales, y puso su firma a mordaces críticas que aparecían en la revista Sur. Fue amigo íntimo de Adolfo Bioy Casares y Silvina Ocampo, quienes, junto a Borges, tuvieron una gravitación fundamental en su obra. Con Silvina Ocampo escribió la pieza de teatro *Los traidores*, publicada en 1956. En 1953 Wilcock se va a Londres donde trabaja un tiempo como traductor y comentarista de la BBC. En 1954 regresa fugazmente al país para volver a partir, esta vez a Italia, sede definitiva de su exilio desde 1957. Allí adoptó el idioma italiano y publicó varios libros de narrativa, entre ellos, *Il caos, Lo stereoscopio dei solitari, La sinagoga degli iconoclasti* y *L'ingeniere*. Además escribió obras de teatro y poesía y tradujo al italiano a Beckett, Genet, Flaubert y Joyce. Fue Caifás en el film *El evangelio según San Mateo*, de Pasolini, de quien fue amigo, así como de Moravia, Elsa Morante y Vittorio Gassman. Murió de un síncope en 1978, a los cincuenta y ocho años de edad, mientras leía un libro sobre enfermedades cardíacas en su humilde casa de campo en Viterbo.

«Juan Rodolfo Wilcock (1919-1978), uno de los novelistas, cuentistas y críticos más singulares y uno de los poetas más puros de las letras italianas de estas últimas décadas, fue aproximadamente hasta fines de los años 50, uno de los más exquisitos poetas líricos argentinos de la generación del 40. [...] *Los hermosos días* es el más bello entre sus libros de poemas argentinos.» (Héctor Bianciotti, en La Nación)

Aparte de los Poemas y las Canciones, ya dedicados, ofrezco en este libro: las Alegorías, a Daniel J. Devoto; los Sonetos, a Pablo Grinblat; las Canciones Tragicas, a Enrique Molina; las Canciones de Amor, a Mary Henning; y el Último Poema, a Roberto Paine. El conjunto de las Canciones Ultimas, cuya arquitectura dedico a Pedro Atilio del Sáldato, es posterior al "Libro de Poemas y Canciones", que fuera premiado.

J. R. W.

La presente edición electrónica se ha hecho partiendo de un ejemplar de la reedición de Emecé de 1998. Se ha diseñado respetando la distribución original.
Se hace constar que en el poema «En la tierra», en el verso 23 (pág 57 del original, 46 de esta edición electrónica), donde dice: «Y tú, desaparece, *demanece* en la sombra el recuerdo…», corresponde exactamente a la edición impresa; es verdad que el autor no es dado a los neologismos, y que podría tratarse de un error de imprenta por "desvanece", sin embargo, puesto que desde el punto de vista lingüístico podría tratarse de una derivación correctamente formada del latino maneo (que da permanecer y amanecer), lo dejamos sin corregir, tan sólo aventurando la hipótesis.